

COLOQUIO del C.I.E.L., L'Ermitage en Versailles,

Homilía de la misa del 11 de noviembre de 2000,

Dom Hervé COURAU, abad de TRIORS

Queridos hermanos,

El Evangelio que acabamos de escuchar está tomado de San Lucas. Celebra la santidad del apóstol de las Galias, el gran Martín, al hablar de la lámpara y la luz, de la fe y del ojo (Lc 11,33-36). El ojo del cuerpo ilustra, en una breve parábola, la función espiritual de la virtud teologal que sitúa al alma en la luz de Dios, pues Dios es luz, nos dice San Juan (1 Jn 1,5). Santa Catalina de Siena habla de la fe como *el pensamiento de Dios injertado en la pupila de nuestro ojo interior*.

También san Mateo habla de la lámpara que no debe ponerse debajo del celémín; integra estas palabras del Señor en el Sermón de la Montaña (Mt 5,15 y 6,22ss). San Lucas sitúa esta enseñanza del Salvador en un contexto conflictivo. Justo antes del pasaje que acabamos de escuchar, los escribas y los fariseos interrogan al Maestro para dejarlo en evidencia y desacreditar su influencia sobre las multitudes (Lc 11,15 y ss.). Su intención no es leal; no preguntan para encontrar la luz en sus respuestas; no plantean preguntas, sino trampas, y piden señales con arrogancia.

La vida de San Martín incluye episodios que le hicieron sufrir de manera similar, especialmente en Milán, cuando se enfrentó al obispo arriano Auxencio, predecesor del gran Ambrosio, y más tarde en Tréveris, donde se encontraba entonces la corte del emperador de Occidente: un sínodo regional debía condenar ciertos errores de su época, pero él sufrió a causa de la ambición de los obispos, oculta bajo una falsa prudencia, y de la importancia exagerada que se daba a la diplomacia, lo que les impedía hablar con sinceridad y con la dignidad propia de su cargo. Hui de esas situaciones ambiguas, en las que vemos sufrir al propio Señor a lo largo de su vida pública.

Sin embargo, San Martín no derramó su sangre. Es el primer santo no mártir que ha sido venerado en Occidente y Sulpicio Severo, su biógrafo, supo transmitirnos una idea del entusiasmo que despertó entre el pueblo fiel esta gran figura de monje y obispo. Lo compara con el gran Antonio, cuya vida acababa de escribir San Atanasio. El fervor de aquella época por la santidad supera lo que podemos imaginar. De ello da testimonio el hecho de que tantos lugares e iglesias estén dedicados a él: 4.000 parroquias y 500 localidades llevan su nombre solo en nuestro país, Francia.

Su faceta de taumaturgo atraía a las multitudes, pero la liturgia ensalza ante todo lo que es más profundo y más divino, a saber, su fe, la luz que ilumina toda su vida incluso antes que los

milagros externos. El evangelio de esta misa se ha elegido con este propósito. La luz y la fe: he aquí el arma eficaz de la que se sirvió el santo, más prestigiosa, en definitiva, que sus milagros. La Madre Iglesia quiere que admiremos ante todo esta fe tan pura y tan radiante. Los milagros no son más que la parte más visible de su mística.

San Martín, rico únicamente en su fe, ayuda al pueblo cristiano a permanecer fiel, en esa rectitud profunda de la que carecían los fariseos. No puede haber rectitud donde reinan el sesgo, la pasión y el egoísmo (cf. Dom Delatte, en la obra citada, comentario del Evangelio, t. 1, p. 325).

El tema de nuestras reflexiones durante estos tres días nos invita a mirar más allá de Martín. Los santos son una epifanía de Dios: muestran hasta qué punto el Señor está presente en la vida de la Iglesia. El Verbo encarnado, luz nacida de la luz, vino a iluminar a todo hombre en este mundo porque Dios amó tanto al mundo, lo amó hasta tal punto, hasta que esa luz se elevó sobre el candelabro de la Cruz para iluminar a toda la humanidad. Sin embargo, aquel era el momento de las tinieblas, pero esas tinieblas fueron disipadas por la luz de su obediencia y su humildad. Entonces nos dio la lección redentora, la única lección capaz de vencer el orgullo y el egoísmo heredados desde el principio.

El gran testigo, el primer mártir, es Jesús. Los mártires son una prolongación visible de Jesús, la luz que ilumina el mundo. Pero el martirio en sí mismo, en la medida en que es violencia entre las tinieblas y la luz, no tiene otro fin que el resplandor de la luz. El poeta polaco Norwid, cuyas intuiciones han alimentado la reflexión del Santo Padre, subraya que la luz está hecha para resplandecer sin obstáculos, sin necesidad del martirio sangriento para demostrarse, al no encontrar ya nada que la frene: *El misterio del progreso de la humanidad*, escribe (citado por Didier Rance, en *Affermis tes frères*, Bibliothèque A.E.D., p. 217), *depende fundamentalmente de que, mediante la encarnación del bien y la manifestación de la verdad, el arma más poderosa, única y definitiva —es decir, el martirio— se vuelva innecesaria en la tierra.*

Martín brilla como la luz sin haber derramado su sangre. Pero orienta nuestra mirada hacia el Señor presente en la vida de su Iglesia por el poder de su propio martirio, el único Sacrificio de la cruz. En Martín, Jesús, la luz verdadera, ilumina un país, una época y muchos otros a lo largo de la historia. En Martín, la fe se muestra victoriosa frente al mundo hostil a la luz. San Juan nos dijo que nuestra victoria, la que vence al mundo, es nuestra fe (1 Jn 5,4). La presencia del Señor en la liturgia de la Iglesia hace triunfar la fe; esta sigue evangelizando a través de la belleza y cautivando los espíritus y los corazones.

Un himno contemporáneo a San Martín, probablemente atribuido a San Ambrosio, canta al Señor como esa luz conquistadora hecha para nuestras mentes y nuestros corazones: *Splendor paternæ gloriæ... Esplendor de la gloria del Padre, que resplandece con la misma claridad, luz de luz y fuente de luz, día que ilumina el día. Oh Sol de la verdad, que brillas con la claridad eterna, descende y derrama en nuestros corazones la luz del Espíritu Santo* (Lunes en Laudes).

Confiemos a Nuestra Señora los frutos espirituales de nuestros esfuerzos para que nuestras almas vuelvan a encontrar este camino de luz y pureza, amén.